

LOS PASOS DE SEMANA SANTA EN SAN SEBASTIAN.



A juzgar por las noticias y vestigios que de ellos nos quedan, eran dignos de recuerdo los *pasos* que se ostentaban hasta principios del siglo presente, en las procesiones que por Semana Santa se celebraban en San Sebastian.

Escritores diversos elogian su mérito artístico y hablan con encomio del autor de varios de ellos, Felipe de Arizmendi, natural de esta misma Ciudad, escultor de nada vulgares dotes, y que vió la luz de la vida á mediados del siglo XVII. Profesor de habilidad le llama Cean Bermúdez en su Diccionario de Bellas Artes, añadiendo que fueron muchas las obras que ejecutó para este país.

Menciona entre ellas: en la iglesia de Santa Maria de esta Ciudad, la efigie de San Pedro apóstol, en el altar del propio Santo; la de San José en el del Consulado; y los *pasos* de la Oracion del Huerto, de cuando el Señor cayó en el suelo despues de azotado, y el despojo de sus vestiduras en el Calvario. Construyó estos *pasos* por los años de 1710 á 1713 en 14.100 reales vellon.

En la iglesia de San Vicente ejecutó la medalla de las ánimas del purgatorio en su altar.

En el antiguo Convento de San Francisco de esta Ciudad, situado donde hoy se halla establecida la Casa de Misericordia, se conservaban dos obras primorosas de Arizmendi, quizá las mejores que salieron de su mano: las estatuas de San Luis y Santa Rosa, calificadas de excelentes por el Diccionario de la Real Academia de la Historia, y favorablemente juzgadas por Cean Bermúdez.

Arizmendi, que dejó muestra de su ingenio y de su no desmayado cincel en varias iglesias de Guipúzcoa y aún de Bizcaya, murió pobremente en el hospital de San Sebastian por los años de 1725 á 1727.

Cean Bermúdez atribuye á su genio extravagante el miserable estado á que se vió reducido; pero, con todo el respeto debido á Cean Bermúdez, ¿quién sabe si Arizmendi, como otros muchos artistas, acabó su vida en la pobreza, porque no los comprende ni los aprecia el vulgo, que existe en todas las clases sociales, y que por tener demasiado abiertos los ojos para la contemplacion de las cosas materiales, se le quedan ciegos cuando tiene que valerse de ellos para estimar el poder y excelencia de quien recibió del Cielo el *quid divinum* del arte?

Lo cierto es que el pobre Arizmendi, con quien no debió ser nada risueña la fortuna, nos ha dejado obras que le sobreviven; mientras que muchos de los que seguramente le miraban con desdén en su tiempo pasaron por el mundo sin dejar tras de sí huella ni rastro alguno de luz.

Los restos que aún nos quedan de los antiguos *pasos* revelan que estos merecian conservarse con esmero, no sólo como símbolos religiosos, sí que tambien como objetos de arte. Lo demuestra el grupo del *Descendimiento*, actualmente colocado en la Capilla del Campo-Santo de Polloe.

Pero el vandalismo de las guerras y el fanatismo antireligioso, el más absurdo é irracional de los fanatismos, no respetó ni recuerdos de piedad, ni objetos de arte, y destruyó varias de aquellas notables obras. Algunas de ellas se salvaron, como se ha indicado, pero no por eso han de ser ménos enérgicas las censuras que merecerá ese espíritu de irreligion y de barbarie de parte de todos los hombres sensatos y de cuantos sientan amor al ideal.

Algo puede hacerse todavía, en desagravio de aquellas inicuas profanaciones. Conservar y restaurar en lo posible las reliquias que se salvaron, y renovar entre sus paisanos la memoria de quienes supieron concebirlas y ejecutarlas. Por eso, nos ha parecido oportuno recordar los méritos harto olvidados de Felipe de Arizmendi, con quien no ha andado la posteridad muy pródiga de alabanzas.

CARMELO DE ECHEGARAY.

